

LOS INTELLECTUALES Y LA GUERRA CIVIL: LOS CASOS DE UNAMUNO Y BAROJA

Alberto Reig Tapia
Universidad Rovira i Virgili (Tarragona)

Le Clerc s'est fait de nos jours ministre de la guerre.
Julien Benda (1867-1956)

Puede que, por regla general, el intelectual ande ensimismado en sus propios y exclusivos quehaceres y en estos tiempos que corren no sea muy dado al compromiso político. Quizás el País Vasco constituya una ligera excepción respecto al resto de España por razones tan evidentes como inevitables. El genuino intelectual trata de evitar siempre que se le tache de partidista, sectario o simplemente hombre de partido, lo que comprometería seriamente su pretendida y siempre sobredimensionada independencia de criterio, su máspreciado patrimonio. Dada la elevada autoestima de la que normalmente van provistos, prefieren proyectar esa falsa imagen de críticos independientes que la más prosaica de desenvolverse dentro de un determinado campo ideológico o político, como todo hijo de vecino, y al cual sirven como mejor pueden si bien con mayor discreción.

Julien Benda, autor de un libro decisivo sobre el papel de los intelectuales en el mundo moderno, clamaba sobre la necesidad de que los clérigos, como denominaba él a los intelectuales, se mantuvieran independientes y actuaran al margen de la política, mientras que, al mismo tiempo, constataba que en los tiempos que corrían habían devenido en verdaderos ministros de la guerra. Es decir, que habían tomado claramente partido¹.

¹ Julien Benda, *La trahison des clercs*, Bernard Grasset, París, 1927.

1. El compromiso de los intelectuales

En la tésitura europea de entreguerras (1919-1939), cuando aparece el estudio ya clásico de Benda y dentro de la cual tuvo lugar la Guerra Civil española (1936-1939), se produjo una verdadera movilización general de escritores, artistas, profesores y de todos aquellos que por trabajar críticamente con la realidad social que les toca vivir reciben con mayor o menor merecimiento la calificación de intelectuales. Como es bien sabido, tal concepto empezó a generalizarse en Europa a raíz del célebre *J'accuse* de Émile Zola, carta abierta dirigida al presidente francés Félix Faure, publicada el 13 de enero de 1898 en el periódico *L'Aurore* a raíz del famoso *affaire Dreyfus*. El antisemitismo latente de los franceses les escindió en dos grupos: los *dreyfusards*, liberales y críticos partidarios de revisar el juicio sin garantías al que sometieron a Dreyfus, un oficial judío acusado de espionaje (entre los que se contaron, aparte del mentado Zola, hombres como Clemenceau o Jaurès), y aquellos otros situados en la extrema derecha que eran partidarios de dejar el caso definitivamente cerrado.

Desde entonces se ha considerado normal e incluso obligado que el intelectual tome partido y se comprometa en las grandes cuestiones que dividen a sus propios compatriotas. El intelectual que se sitúa por encima del bien y del mal en su torre de marfil, oteando un horizonte de imposible alcance para quienes no les queda más remedio que tener los pies bien aferrados al suelo, puede que se haga respetar en su campo por ciertas minorías o élites distinguidas, pero por regla general no suele gozar de una gran consideración social.

Qué es un intelectual ha sido siempre cuestión polémica, pero, atendiendo al momento en que el concepto adquiere carta de naturaleza, se vincula a cierta forma de denuncia crítica y compromiso social. Hoy, probablemente impulsados por la natural tendencia democrática igualadora en que vivimos, se tiende a considerar que intelectual es todo aquel que es capaz de servirse críticamente de su inteligencia frente al *statu quo* y da cuenta pública de ella. Ciertamente, aquella coyuntura histórica de la Europa de los años treinta del pasado siglo vivió una de las convulsiones sociales y políticas de mayor alcance producidas en el mundo y en lógica consecuencia llamó a rebato a la práctica totalidad de los llamados intelectuales.

La mayor parte de ellos eran escritores de prestigio bien reconocido, como George Orwell, John Dos Passos, Arthur Koestler, Ernest Hemingway o André Malraux. Todos ellos escribieron sobre la Guerra Civil. Una guerra civil muy española, sí, pero rápidamente internacionalizada, factor determinante sin el cual no se entendería ni su propio desarrollo y menos su resultado final. Semejante experiencia marcó decididamente sus vidas.

Y también la de un conjunto de mujeres notables, como Gamel Woolsey, Lillian Hellman, Dorothy Parker, Martha Gelhorn o Virginia Woolf². Fue aquel un conflicto que no dejó a nadie indiferente y del que contamos con importantes testimonios de protagonistas propios y ajenos, que quedaron cumplidamente reflejados en proclamas, panfletos, poemas, manifiestos, artículos, testimonios, ensayos, memorias y autobiografías, en las que se resaltaba la importancia decisiva de la experiencia española para sus vidas.

Todos acudieron más o menos presurosos al banderín de enganche que proporcionaba entonces el asedio a las debilitadas instituciones democráticas, bien para apuntalarlas, bien para acabar de derrumbarlas. Encaramados a la marea del fascismo o incorporándose al antifascismo más ferviente que desataba semejante doctrina, atraídos por las utópicas doctrinas comunistas y por el anticomunismo no menos decidido que despertaba en sus contrarios, todos se lanzaron al combate con la siempre poderosa arma de la inteligencia, pero convenientemente reforzada por la aún más poderosa del corazón.

Unos lo hicieron con el manifiesto deseo de afianzar los valores propios de una civilización política que creían en trance de perecer. Pero otros lo hicieron con no menor entusiasmo para superar la decadente democracia burguesa y establecer el paraíso del proletariado, como otros acudieron con no menor firmeza para cerrar el paso a la revolución y crear un Orden Nuevo definitivo, en el que no pudieran volver a cuestionarse jamás ciertos valores considerados eternos e intangibles.

La inmensa mayoría de ellos no estuvieron muy inspirados, puesto que el paradigma democrático salió felizmente fortalecido y triunfante de aquella terrible crisis, y nadie osa ponerlo en cuestión hoy en día o hacer apología pública de doctrinas más o menos totalitarias o de signo más o menos fascista o comunista, de la misma manera que cualquier tipo de fundamentalismo político o religioso provoca un abierto rechazo social. Todos dicen hablar en nombre de la democracia auténtica y no tener más pretensiones que la procura de su desarrollo, fortalecimiento y profundización.

Cabe preguntarse si los intelectuales, verdaderos especialistas en legitimaciones y deslegitimaciones de todo tipo, en tanto que «poseedores de la verdad», avezados profesionales de la palabra y disponiendo de mejores instrumentos para defender sus posiciones y compromisos que la mayoría de las personas, constituyen por sí mismos un grupo humano diferente o distinto del resto de sus compatriotas. ¿Hasta qué punto los intelectuales

² Véase Aranzazu Usandizaga, *Escritoras al frente. Intelectuales extranjeras en la Guerra Civil*, Nerea, Madrid, 2007.

actúan conjuntamente, asumen compromisos colectivos y se mantienen fieles a ellos? ¿O apenas lo hacen coyunturalmente, por un período de tiempo generalmente muy limitado y normalmente impulsados por circunstancias extraordinarias, y en la misma medida que otros colectivos del propio país al que pertenecen?

La Guerra Civil española, por sus especiales circunstancias tanto endógenas como exógenas, suscitó un interés a escala universal verdaderamente extraordinario y, al objeto del tema que aquí nos ocupa, constituye un extraordinario laboratorio de análisis y experimentación. España se convirtió en primera página de los periódicos del mundo occidental durante casi tres años y fue una experiencia imborrable para los corresponsales de guerra que informaron abundantemente a sus agencias y periódicos sobre todo cuanto acontecía tanto en los frentes de combate como en las cancillerías y en las retaguardias de ambos bandos. Todo ello generó una abundante literatura que ha dado lugar a testimonios, reportajes y libros verdaderamente fundamentales para la comprensión cabal de aquel inmenso drama colectivo que fue la Guerra Civil española³.

Dentro del abundante material que nos legaron sobre su experiencia personal tantos escritores, ¿podemos establecer una taxonomía diferente para los intelectuales que se posicionaron a favor de los sublevados o para los que se pusieron al servicio de la República? ¿O también hallaríamos dentro de cada bando figuras relevantes intercambiables más allá de su particular ideología o toma de posición política? ¿Verdaderamente Antonio y Manuel Machado nos servirían de arquetipo para cada una de las facciones en lucha o hay que pensar que, al menos en este caso, las circunstancias personales de cada uno fueron verdaderamente determinantes? Manuel era de sentimientos republicanos como su hermano Antonio y más que probablemente el hecho de que la sublevación le sorprendiera en Burgos determinó su compromiso con la causa rebelde, lo que afectó muy profundamente a su hermano Antonio⁴.

Hoy es relativamente frecuente oír hablar del silencio de los intelectuales, o de su falta de compromiso político o social, lo que vendría a confirmar esa tendencia natural al ensimismamiento a la que hemos hecho referencia, absortos apenas en la creación de su propia obra. Actitud que,

³ Véase al respecto el interesante catálogo de la exposición realizada en memoria de dichos corresponsales y editado por Carlos García Santa Cecilia, *Corresponsales en la Guerra de España*, Instituto Cervantes/Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2006, y el detallado estudio de Paul Preston, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Debate, Barcelona, 2007.

⁴ Véase Ian Gibson, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Aguilar, Madrid, 2006, pp. 539, 556-558 y 576.

por otra parte, suele corresponderse con épocas o períodos históricos de relativa bonanza económica y razonable estabilidad política. Ello vendría a confirmar que los intelectuales se movilizan, se comprometen y toman partido en coyunturas muy precisas y circunstancialmente, pero que por su propia naturaleza son poco fiables políticamente en el largo plazo.

Ciertamente, la Europa de los años treinta no era un momento de estabilidad política en el que la vida transcurriera plácida y sosegadamente sin mayores altibajos. El final de la dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la II República y la progresiva polarización de la vida política, habían ido movilizándolo a las masas y haciendo que los intelectuales saltaran al espacio público con sus proclamas, manifiestos, tomas de postura y obras comprometidas con algunas de las ideologías en liza o los respectivos proyectos políticos que se disputaban la conquista del poder. Toda Europa era un polvorín a punto de estallar, y cuando se produjo el estallido de julio de 1936, es lógico que un suceso de semejante dimensión afectara y muy profundamente a las respectivas tomas de postura de todos y cada uno de ellos.

El intelectual no acierta más o se equivoca menos que el resto de sus propios compatriotas. Lo que pasa es que lógicamente dispone de una batería de argumentos a su favor mejor armados que los de cualquiera del común. Su opinión pasa menos inadvertida que las de la mayoría de la gente, que ha de contentarse con expresarla en casa, en el bar o en círculos bastante restringidos, mientras que la suya puede publicitarla en periódicos, revistas, libros y hoy en día en medios de difusión masiva como la radio o la televisión. Ciertamente, Internet ha abierto infinitas posibilidades a millones de personas antes condenadas al más absoluto anonimato, pero los intelectuales propiamente dichos siempre gozarán de más posibilidades de ser leídos e influir con su opinión que cualquier *blogger* apenas ansioso de hacerse publicidad a cualquier precio.

Los intelectuales, además, suelen variar de opinión quizás aún a mayor velocidad que los demás, que se sentirán más o menos decepcionados con ellos en función de que se alejen o se aproximen a sus propias posiciones. Cuando el intelectual de turno toma partido por nuestro bando solemos decir que se ha expresado la voz de la inteligencia y la razón, y cuando, por el contrario, asume la posición contraria pasamos rápidamente a denostarle y a considerarle un equivocado o un genuino traidor.

Tanto en Unamuno como en Baroja, los dos grandes intelectuales vascos que traemos aquí a colación, encontramos abundantes ejemplos de lo que venimos diciendo. Unamuno nos ofrece el perfecto paradigma del intelectual comprometido. Un hombre que había combatido con firmeza la dictadura, que había luchado por la República, de la que recibió todo tipo

de honores: concejal honorario, rector perpetuo de la Universidad de Salamanca, Ciudadano de Honor de la República..., en cuanto se pronunció a favor del golpe del 18 de julio de 1936, afirmando que éste vendría a salvar la civilización occidental, desató en sus antiguas filas las descalificaciones más feroces, al mismo tiempo que sus otrora decididos enemigos se congratulaban de que figura tan insigne y espíritu tan notable tomara partido por su santa causa, por lo que le restituían en todos los honores de los que acababa de ser privado por la nefanda República.

Por su parte, el irreductible liberalismo decimonónico de Baroja no hizo más que traerle problemas ante los acontecimientos del mundo moderno que se desataban sin pausa ante sus ojos, sin que muchas veces acertara con el diagnóstico, ni con la expresión, ni menos con el momento elegido para manifestarse. Los personajes de radical independencia como él mismo y Unamuno, acostumbrados a decir lo que les parecía más oportuno en cualquier momento y situación, encontraban difícil acomodo en esa tesitura del siglo XX que les tocó vivir en primera línea de fuego, en un momento en que resultaba prácticamente imposible hurtarse al compromiso político partidista.

Como ha dicho Juan Marichal, «la Segunda República fue verdaderamente «la toma del poder» —en muy diversos terrenos— por la llamada «generación de los intelectuales», es decir, la generación de 1914, la de Ortega y de Azaña, entre muchos más⁵. Otros la bautizaron como la «República de los profesores», una evidente exageración, si bien inducida por el momento dulce que vivía la cultura española que por primera vez en muchos años podía medirse, al menos en el campo de las Humanidades, con sus homólogas europeas.

Hubo intelectuales que habían apoyado la dictadura, como el mismo Ortega, Azorín o Luis Araquistáin, e incluso Francisco Largo Caballero que como consejero de Estado aceptó implícitamente colaborar con ella, y al mismo tiempo se mostraron partidarios de abolir la Monarquía y participaron activamente en la proclamación de la República. Azorín se refirió al nuevo régimen como la «República de los intelectuales», como otros se refirieron a la «República de los profesores», ya que entre los constituyentes de 1931 hubo 64 catedráticos. Pero también contaron en el hemiciclo de las Cortes con una buena representación las profesiones liberales y las clases profesionales cualificadas, lo que es buena muestra de la incorporación de las nuevas clases medias ilustradas a la vida pública.

Por regla general, la mayor parte de los que celebraron con alborozo la proclamación de la II República habían sido muy críticos con la Monarquía

⁵ Juan Marichal, «Los intelectuales y la Guerra», en Edward Malefakis (dir.), *La Guerra Civil española*, Taurus, Madrid, 2006, pp. 451-452.

liberal, pues el parlamentarismo de la Restauración encubría un sistema oligárquico que corrompía la propia vida política. Tal fue el caso de Miguel de Unamuno o José Ortega y Gasset, quien, junto a Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, constituyó la Agrupación al Servicio de la República. Pero la mayoría de ellos no fueron nada condescendientes con las negociaciones, pactos y compromisos que inevitablemente la política conlleva, y que el afianzamiento de la II República, con una débil estructura de partidos estrictamente republicanos, hacía indispensable y de hecho constituyen la esencia de la política. Para Unamuno la Constitución era sediciosa, para Ortega presentaba limitaciones insuperables, y para Araquistáin era un engaño para los trabajadores⁶. Para Baroja la República misma sería incapaz de encauzar las propias fuerzas que había desatado.

La verdad es que la mayor parte de los intelectuales, al menos los pertenecientes a las generaciones mayores, fueron muy imprudentes en el ejercicio de la crítica política, mostrando desconocer la compleja coyuntura histórica en la que le tocaba lidiar al joven régimen republicano.

Todo lo que se hacía era excesivo o insuficiente, las políticas que los correspondientes gobiernos republicanos encaraban o eran muy limitadas o eran desmesuradas, o se decidían unilateralmente o resultaban partidistas o extremistas. Ellos naturalmente estaban en posesión de la verdad y armados de sus amplios saberes lanzaban de continuo las soluciones más completas y acabadas que se les ocurrían, sin tener en cuenta los intereses encontrados y las propias limitaciones parlamentarias del Gobierno de turno. Se manifestaron mucho más como teóricos, más o menos perspicaces o diletantes, que como hombres pragmáticos conocedores de los entresijos de la política cotidiana. Manifestaron, pues, cierta tendencia al dogmatismo, convencidos de sus particulares verdades, y muy poca cintura para relativizar las propuestas políticas de quienes se veían en la responsabilidad de gobernar en tan difíciles circunstancias.

Una cosa era la defensa irrestricta de una verdad abstracta y genérica, la defensa teórica de la libertad o de la rebelión contra la injusticia y la ignorancia, que todos exaltaban o repudiaban, y muy otra enfrentarse a un análisis concreto de cada situación y a la defensa de un programa político más o menos plausible. Las propuestas lanzadas en nombre de la verdad o de la razón nada significan fuera de su contexto, al margen de los intereses humanos específicos y en función de las circunstancias particulares de cada

⁶ Paul Aubert, «Los intelectuales y la II República», en Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*, Ayer, 2001, n.º 40, pp. 107 y ss., y Víctor Ouimette, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo, 1923-1936*, Pretextos, Valencia, 1998, 2 vols.

uno o de los grupos de interés a que pertenecen. La inteligencia no puede actuar incondicionalmente al margen de todo ello, sino que lo hace siempre sobre circunstancias sociales, políticas y económicas muy concretas⁷.

La guerra de España supuso un verdadero corte, una escisión brutal entre los propios intelectuales españoles. A partir de ese momento se vieron constreñidos a tomar partido sin dar lugar al menor equívoco. Los propios casos de Unamuno y de Baroja son un buen ejemplo de ello pues no eran precisamente personalidades dadas a dejarse llevar por la corriente.

La Guerra Civil concluyó desde el punto de vista cultural y científico con el triunfo de los «anacrónicos», como se refirió Juan Marichal a los vencedores sin ánimo arbitrario, pero poniendo de manifiesto el hecho de que sacaron a España del tren de la Historia que estaba empezando a tomar nuestro país. Cesó así «bruscamente el gran esfuerzo de sincronía cultural y política realizado desde principios del siglo xx. España volvió a aparecer después del final de la guerra mundial como un pintoresco enclave ajeno al resto de Europa»⁸.

2. Unamuno y Baroja: dos vascos universales

En medio de la pléyade de figuras de la cultura española de la época destacan especialmente estos dos vascos universales: Miguel de Unamuno y Pío Baroja. De la intensa experiencia vivida por ambos podemos extraer algunas conclusiones de interés general.

El siempre imprevisible Unamuno, en una de sus sorprendentes tomas de posición, se adhirió de inmediato a la causa de los rebeldes y prácticamente con la misma celeridad pasó a continuación a posicionarse abiertamente en contra de ellos provocando su marginación política y su aislamiento social.

Por su parte, Baroja, un hombre más templado que el siempre aguerrido rector de Salamanca pero conocido cascarrabias, se adaptó a las circunstancias que le cayeron en suerte como buenamente pudo sin que por ello quepa deducir una simplista adscripción al campo rebelde pues no hay que olvidar que a punto estuvo de ser fusilado «el impío don Pío» por una cuadrilla de carlistas exaltados como, a su vez, poco le faltó a Unamuno para ser abatido en el mismo paraninfo de la universidad salmantina por otros exaltados falangistas, militares y demás fuerzas vivas representativas

⁷ María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Trotta, Madrid, 1998, pp. 90-91.

⁸ Juan Marichal, «Los intelectuales y la Guerra», *op. cit.*, p. 462.

de la España sublevada que se habían reunido el 12 de octubre de 1936 para festejar el Día de la Raza.

2.1. *Unamuno, el sumo sacerdote*

Miguel de Unamuno, como ha señalado Juan Marichal, encarna más que representa «la voluntad de universalidad, el impulso y la mayor ambición transnacionales» de una España que, justamente «en 1936, estaba en uno de los momentos más altos —quizá en la cumbre— de su historia intelectual y artística»⁹. Por eso, cuando se habla de la traición o la desertión de los intelectuales, llama poderosamente la atención la actitud que adopta Unamuno ante la rebelión militar. Fuera de España Unamuno era considerado uno de los más destacados representantes sino el que más de la España nueva, que se había enfrentado sin titubeos al general Miguel Primo de Rivera tras su pronunciamiento militar de septiembre de 1923.

Hay que decir que no fueron precisamente muchos los intelectuales que se enfrentaron abierta y decididamente desde el principio con el dictador. Fue confinado en la isla de Fuerteventura. Abandonó España y se instaló en París, pero rápidamente se trasladó a Hendaya, desde donde hostigó a Primo de Rivera todo lo que pudo, hasta el punto de que llegó a decir algo tan unamuniano como que no era Primo quien le perseguía a él, sino él quien no daba descanso al dictador... Así que su toma de partido con los rebeldes no fue entendida por la mayor parte de sus partidarios del exterior y aún menos del interior. Todo ello le provocó un profundo desasosiego, del que quedan abundantes muestras en muchas de las páginas que escribió.

Unamuno había dicho de sí mismo, con bastante fundamento desde luego, que él había sido uno de los que más contribuyeron a la proclamación de la República. También fue de los primeros en empezar a criticar duramente al nuevo régimen¹⁰. Desde su misma proclamación hasta las vísperas de la sublevación militar no dejó de dar artículos a la prensa¹¹. Si Ortega y Gasset dijo aquello de «no es eso, no es eso», Unamuno le confesó a un amigo: «Estoy harto del imperio de las alpargatas». Pero igual que decía esto en privado, y encontrándose ya en una situación difícil, no se

⁹ *Ibidem*, p. 450.

¹⁰ Véase Miguel de Unamuno, *Ensueño de una Patria. Periodismo republicano 1931-1936*, edición y prólogo a cargo de Víctor Ouimette, con la colaboración de María Elena Nochera de Ouimette, Pre-Textos, Valencia, 1984.

¹¹ Miguel de Unamuno y Jugo, *República española y España republicana (1931-1936)*, artículos no recogidos en las *Obras completas*, introducción, edición y notas de Vicente González Martín, Almar, Salamanca, 1979.

anduvo precisamente por las ramas cuando el periodista falangista Eugenio Suárez se le acercó en las calles de Salamanca a saludarle, debidamente ataviado con los arreos propios del uniforme, y Unamuno le espetó: «¿Y qué hace usted vestido de payaso?»¹².

De igual modo se las gastaba ante quien fuera. Con ocasión de la entrega de una medalla que le otorgó el rey Alfonso XIII, afirmó en sus palabras de aceptación que la verdad es que se la merecía. Sorprendido el monarca le comentó que curiosamente todos aquellos a quienes premiaba, a diferencia de él, decían no merecer tales honores, a lo que Unamuno le atajó diciendo: «¡Y es verdad, señor, es verdad!»¹³

«Cosas de don Miguel», «el señorito de Bilbao», «el glorioso despidado», según los observadores más benevolentes. Pero, cuando en una entrevista concedida a dos periodistas extranjeros a finales de julio de 1936 declaró que los sublevados representaban la civilización occidental y defendían la tradición cristiana, empezaron a caer sobre él algo más que irónicos comentarios sobre sus paradójicas y extravagantes opiniones.

Y es que la guerra civil incidió de forma particularmente dramática en Unamuno. No sólo porque siempre había sido motivo de preocupación y reflexión constante, como refleja el libro que dedicó al asunto centrado básicamente en la tercera guerra carlista y el sitio de Bilbao, aunque reunió diversos materiales para esa pretendida novela que incorpora, como no podía ser de otra manera, múltiples reflexiones sobre su concepción de la guerra y de la paz.¹⁴ Un tema que nunca dejó de perseguirle y que situó como centro de su visión agónica de España, tal y como acertadamente nos mostró en su día Elías Díaz¹⁵.

El país estaba en guerra, y como bien señala la palabra divina cuyos designios tanto le conturbaban al rector de Salamanca, en estos casos, al menos de la mano de sus propios evangelistas, «el que no está conmigo contra mí está». Ya no cabían, pues, ambigüedades ni medias tintas. Ya no había lugar a reflexiones filosóficas más o menos relativistas o a consideraciones a propósito de las múltiples partes de las que está compuesto el ser humano, según el mismo don Miguel, frente a la cazorra pretensión de quien no tiene más aspiración que ser «hombre de una pieza» como mejor salvocon-

¹² Citado por Mauro Armiño, «Miguel de Unamuno entre dos aguas», *El Siglo*, 22-28 de enero de 2007, n.º 725, pp. 52-53.

¹³ Anécdota evocada por Elías Díaz en *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Alianza, Madrid, 1994, p. 13.

¹⁴ Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra*, edición de Francisco Caudet, Cátedra, Madrid, 1999.

¹⁵ Véase Elías Díaz, *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, Tecnos, Madrid, 1968, pp. 120-133.

ducto identitario y prueba inequívoca de la más transparente autenticidad. En semejante tesitura no había que ser parte sino partidario, tomar partido decididamente por una de las facciones en lucha. Y como se negó a ello e incluso se empeñó en quedarse en medio para tratar de acercar y unir lo que ya estaba más que alejado, desunido y exacerbado por el golpe mismo de julio de 1936, pues no le quedó otra salida dada su deteriorada salud que morir en el intento, ya que él más que nadie sabía de guerras civiles y lo que significan, y esta última que le estaba tocando padecer estaba claro que iba a ser la más desgarradora de todas ellas¹⁶.

Tras los sucesos de la memorable jornada del mentado 12 de octubre, al día siguiente el Ayuntamiento se reúne y decide expulsarlo retirándole su acta de concejal del Ayuntamiento salmantino por su «actitud incongruente, facciosa y antipatriótica», por haber incurrido «en un caso de incompatibilidad moral corporativa», por «su vanidad delirante y antipatriótica», y porque España estaba en peligro, «apuñalada traidoramente por la pseudo-intelectualidad liberal masónica»¹⁷. Ciertamente, sus solemnes palabras pronunciadas en el paraninfo de la Universidad de Salamanca significaron su decidida ruptura con el Nuevo Orden:

Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto... Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha¹⁸.

A alguno de los patriotas congregados en el Ayuntamiento para formalizar su expulsión del consistorio, rememorando quizás estas palabras del rector honorario, no debió de parecerle suficiente argumentación y la redoblaba en nombre de una...

¹⁶ Me he referido con todo detalle a la actitud de Unamuno ante la sublevación militar y su posterior actuación hasta su muerte en Alberto Reig Tapia, *La Cruzada de 1936. Mito y Memoria*, Alianza, Madrid, 2006, capítulo 7 («Inteligencia y política: el intelectual inorgánico», pp. 289-335), por lo que trataré de no repetirme aquí.

¹⁷ Citado por Luciano G. Egido, «Unamuno, en guerra», en Ricardo Robledo (ed.), *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, prólogo de Josep Fontana, Crítica, Barcelona, 2007, p. 251.

¹⁸ Citado por Hugh Thomas, *La Guerra Civil española*, Urbión, Madrid, 1983, libro III, tomo 5, p. 56. El hispanista británico ha hecho una de las mejores reconstrucciones del famoso cruce de palabras entre Unamuno y el general Millán Astray siguiendo a uno de sus mejores biógrafos: Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel. Unamuno en su tiempo, en su España, en su Salamanca...*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Anaya, Madrid, 1964, y última edición ampliada: *Vida de don Miguel. (Unamuno, un hombre en lucha con su leyenda)*, Anthema, Salamanca, 1998. Pero la mejor versión es la de Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*, Alianza, Madrid, 1986, pp. 140-141 (reeditada por Tusquets en 2006).

España apuñalada traidoramente por la pseudointelectualidad liberal-masónica cuya vida y pensamiento (...) sólo en la voluntad de venganza se mantuvo firme, en todo lo demás fue tornadiza, sinuosa y oscilante, no tuvo criterio sino pasiones; no asentó afirmaciones, sino propuso dudas corrosivas; quiso conciliar lo inconciliable (...) y fue, añadido yo, la envenenadora, la celestina de las inteligencias y las voluntades vírgenes de varias generaciones de escolares en Academias, Ateneos y Universidades¹⁹.

Así Unamuno pasaba del cielo al infierno sin solución de continuidad pues no andaban los tiempos para disquisiciones de viejo filósofo, dudas metafísicas o posicionamientos políticos equívocos. Era llegada la hora del compromiso firme, de la fe sin límites, de la militancia partidaria sin fisuras, propia de los jóvenes que creían enfervorizadamente estar asistiendo al alba de una nueva civilización.

En julio de 1936 el clima de la calle estaba empezando a mostrar el calentamiento ideológico que la sublevación militar no haría sino exacerbar hasta el delirio colectivo y que desquiciaba al ilustre catedrático de griego. En un artículo publicado en vísperas de la tragedia aludía con indisimulable irritación al hecho de haber visto cómo un familiar reprendía a un mocetón que se había sobrepasado con una muchacha que acompañaba y, ante la catilinaria, no se le ocurrió nada mejor al acosador que ponerse a gritar: «¡Fascista!, ¡fascista!», por lo que ante el remolino que empezó a producirse el acompañante de la muchacha optó por poner tierra por medio. También aludía Unamuno a unos chiquillos de 10 o 12 años que, estando dentro de una iglesia, uno de ellos exclamó: «¡Maldito sea Dios!», a lo que otro de ellos apuntilló: «Hay que darle unas hostias». El diagnóstico de Unamuno ante tales anécdotas más o menos significativas del clima que se iba formando es todavía lúcido. No se trata de «ideología», sino de simples manifestaciones soeces, muestras de barbarie y zafiedad, malos instintos... «y, lo que es —al menos para mí— peor, estupidez, estupidez, estupidez». Constata, pues, con rabia que la ignorancia y la política sectaria pasa por encima de la justicia²⁰.

Cuando se desata la barbarie y el mismo Unamuno constata que es muchísimo peor el remedio que la enfermedad, cuyo único paliativo conocido es educación y cultura, ya no sabrá reaccionar, o lo hará en cierto modo como siempre actuó, contradictoria y padójicamente, a golpes de razón y según su estado anímico. Será ya incapaz de dotar de un mínimo de cohe-

¹⁹ Citado por Mauro Armiño, «Miguel de Unamuno...», *op. cit.*

²⁰ Miguel de Unamuno, «Justicia y bienestar», *Ahora*, 3-VII-1936, en *República española y España republicana (1931-1936)*, *op. cit.*, pp. 438-441.

rencia interna a su propio y confuso discurso. La Guerra Civil acaba con Unamuno, por más que a consecuencia de ella nos legara un supremo rasgo de infinita lucidez: «Venceréis pero no convenceréis».

Unamuno es todo un personaje tan rico como de difícil definición, por más que haya una verdadera cosecha de ellas:

Ensalzador del liberalismo *liberal*, aún en sus años de militancia socialista, debelador de todo dogmatismo, de toda pedantería y frivolidad, aunque él mismo fuera tantas veces dogmático, pedante y frívolo (...). Él era un hombre de pluma y cátedra. Un inspirador, además de un debelador, un revulsivo también, un profeta laico, a quien se le oye siempre y se le respeta, pero a quien no hay porque seguirlo al pie de la letra y a veces ni seguirlo siquiera. (...) demasiado inconsciente, demasiado desconocedor de la vida de cada día, de la humanidad concreta. Todo menos jefe de partido o de partida, o caudillo de masas, pero, al mismo tiempo, con una vocación irrefrenable de querer serlo, o, tal vez, con frustración de no poder serlo. (...) demasiado interesado en poner y quitar máscaras a los demás. (...) un liberal cruzado de carlista —como él se confiesa— incapaz de comprender el «mundo nuevo» que el nuevo régimen no ha hecho más que entreabrir. Pero, afortunadamente, testigo inquebrantable de unos valores, siempre en peligro de ser subastados en cualquier subasta de moda, del poder o de la suerte²¹.

Unamuno fue un escritor que abordó todos los géneros por lo que resulta imposible encasillarlo y así:

Para quienes le tienen ante todo por ensayista, su poesía es demasiado secamente conceptual; quienes le decretan poeta, denuncian en sus ensayos demasiados caprichos líricos; sus novelas y sus piezas teatrales son o muy «filosóficas» o vagamente «poéticas». En cuanto a sus ideas e intervenciones políticas, se resienten a la vez de todos los excesos y deficiencias que se atribuyen a quien no es en nada auténtico *especialista*: contradicciones, divagación, temperamentalismo, irrealidad, individualismo extremo, etc. (...) Unamuno fue en persona y personaje el escritor total, el escritor *metido* a ensayista, poeta, novelista, dramaturgo, político, místico, hereje... Un *metomentodo*, cuyo vigor e interés estriba precisamente en no querer resignarse a hacer algo como es debido, es decir, exclusivamente. (...) un *narcisista trascendental* (...) un genial extravagante, cuyo destino parecía vedarle juntamente el ser olvidado y el saber dejar huellas fecundas²².

²¹ Víctor Manuel Arbeloa y Miguel de Santiago (selección, introducción y notas), *Intelectuales ante la Segunda República española*, Almar, Salamanca, 1981, pp. 279-280.

²² Fernando Savater, «Miguel de Unamuno: La ascensión eterna», prólogo a Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Alianza, Madrid, 1986, pp. 7-8, 10 y 18.

Efectivamente, así es. Unamuno se resiste a ser «enjaulado», clasificado, definido, reducido, limitado... No fue de nadie y quiso ser de todos. Se ha insistido mucho en el gran cambio que experimenta Unamuno a partir de agosto de 1936, aunque son perceptibles las muchas contradicciones entre el Unamuno público y el que se percibe en sus notas personales, más sinceras y desenvueltas, que quizás hubiera expresado más comedidamente si hubiera vivido para darle forma de libro, para ser publicadas. Pero a Unamuno le preocuparon los mismos temas de siempre hasta el mismísimo final, lo que ocurre es que el brutal tajo de la guerra civil le deja sin respuestas y ya es un anciano que, aunque no hubiera muerto, hubiera hallado probablemente serias dificultades para repensarse.

En cualquier caso, el pensamiento unamuniano se mantuvo fiel hasta el final en lo que aquí nos atañe dentro de la aparente paradoja que supone reivindicar «la paz en la guerra» y «la guerra en la paz», la «discordia concordante» o «la concordia discordante», porque, dicho en términos futbolísticos, siempre jugó a la contra. Siempre se mantuvo en la lógica dialéctica de con-vivir, con-sentir y, naturalmente, di-sentir. Nadie puede apropiárselo en exclusiva, ni nadie, salvo que sea un sectario, dejará de poder tomar algo valioso de él, como por regla general suele ocurrir con los hombres verdaderamente excepcionales.

2.2. *Baroja, escéptico gruñón*

Pío Baroja era un escritor reconocido que gozaba del fervor de numerosos lectores. Hombre independiente como Unamuno, se había ganado el derecho o se tomaba la libertad de decir lo que pensaba sin calibrar demasiado el grado de irritación o de admiración que sus palabras podían suscitar. Evidentemente, como también ocurrió con Unamuno, la tesitura de una guerra civil no es la más adecuada para decir libremente lo que a uno le pasa por la cabeza sin pararse a sopesar la repercusión, efectos y consecuencias que sus palabras pueden provocar incluso entre la propia audiencia.

El mismo Baroja, muy lúcidamente, se refirió a sí mismo como «un escritor individualista y liberal. Ya viejo no tengo condiciones para cambiar»²³. Desde luego no fue un demócrata. Abominaba del sistema democrático y arremetía contra las pretensiones falsamente igualitarias de las ideologías izquierdistas. Tenía bastantes prejuicios y sufría achaques de salud. Misán-

²³ Pío Baroja, *Ayer y hoy. Memorias*, Caro Raggio, Madrid, 1997, p. 78.

troppo reconocido y racista manifiesto o latente, estaba enfadado con el mundo que le tocó vivir. Despreciaba a las masas, siempre agitadas por bajas pasiones, hasta el punto de llegar a decir: «Con un tirano quizás se pueda vivir y discurrir; con cien mil es imposible»²⁴. Despotricó contra la Monarquía y también contra la República. A pesar de su éxito como escritor no fue elegido académico de la Española hasta 1935, pues era obviamente una figura controvertida que difícilmente podía generar un consenso generalizado en una sociedad relativamente polarizada. Se negó a apoyar a la Agrupación al Servicio de la República, que promovieron hombres de la talla de Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, cuyo manifiesto apareció en el diario *El Sol* el 10 de febrero de 1931. Se refirió con cierto menosprecio a las principales cabezas del nuevo régimen como ateneístas, profesores, oradores y gacetilleros. Lógicamente con semejante actitud displicente estaba haciendo algo más que manifestarse como un viejo gruñón, más predispuesto a ver siempre las pajas en los ojos ajenos que las bastante abundantes de los suyos propios. De hecho, como el profundo conservador que era, le daba la espalda a los nuevos tiempos, si bien le sobraba lucidez para despotricar contra los comunistas, los fascistas o los curas de los que no se fiaba en absoluto:

Para mí, comunismo y fascismo son muy parecidos, uno y otro son arbitrariedades despóticas. En la práctica terminan en una dictadura hecha a beneficio de los amigos, para echar de comer a los compadres y sostenerse en el mando²⁵.

Como nos ha relatado su propio sobrino Julio Caro Baroja, trataron de marginarlo y silenciarlo, lo que no era de extrañar, puesto que consideraba a Azaña un «señorito», a los socialistas unos «tenderos peligrosos», y de los anarquistas sólo cabía esperar los peores desastres. La República carecía, según él, de timoneles para conducirla adecuadamente y habría de verse desbordada por los extremistas de uno u otro signo. Sus opiniones se fueron corriendo por los mentideros madrileños y los intelectuales acabaron haciéndole el vacío. Su casa siempre estaba abierta para cualquiera y por su tertulia de la librería de Tormos en la calle de Jacometrezo de Madrid se dejaban caer todo género de personas y personalidades de lo más variadas: gente de izquierdas, como Manuel Núñez de Arenas, pero también falangistas significados como Juan Aparicio y Ramiro Ledesma Ramos. Todos le pedían que se definiera y se comprometiera, pero él les escuchaba a los unos y a los otros como quien oye llover. Nada más²⁶.

²⁴ *Ibidem*, p. 13.

²⁵ Pío Baroja, *Aquí París*, Caro Raggio, Madrid, 1998, p. 91.

²⁶ Julio Caro Baroja, *Los Baroja. (Memorias familiares)*, Caro Raggio, Madrid, 1997.

No obstante, al igual que hizo Unamuno, aceptó la sublevación militar, aunque, a diferencia de aquél, Baroja se acomodó a las circunstancias. Se había trasladado a Itzea, su casa en Vera de Bidasoa poco antes del 18 de julio de 1936. Baroja, como Unamuno, nos ha dejado su propio testimonio de aquellos años convulsos en sus memorias, empezando por el famoso incidente con los carlistas, que bien podría haberle costado la vida, asunto, sin embargo, sobre el que el mismo Baroja pasa rápidamente sin darle mayor importancia²⁷.

Pío Baroja nos ha dejado amplia información sobre aquellos años dramáticos y particularmente sobre la Guerra Civil en diversos escritos²⁸. Según una biografía no autorizada habría publicado un artículo en el que concluía de forma brutal justificando la rebelión ante la situación política y la cruel represión desatada tras la misma: «Este tumor o este absceso, formado por mentiras, es de desear que lo saje cuanto antes la espada de un militar»²⁹. No obstante, no pueden obviarse las circunstancias que rodearon en aquellos días a Pío Baroja, lo que, sumado a sus conocidas opiniones políticas, nos permiten hacer más inteligible tan drástico pronunciamiento. Sánchez-Ostiz ha resaltado que esos primeros momentos de la rebelión militar hasta su paso a Francia resultan de lo más confusos y contradictorios y son los...

que más tinta han hecho correr: qué hizo, por qué lo hizo, qué pudo haber hecho en esos días iniciales de la sublevación de Mola y de la guerra, si corrió peligro su vida y cuál fue exactamente su actitud ante los acontecimientos... Las preguntas se responderían solas a la luz de lo escrito por el propio Baroja y por sus exegetas y biógrafos. Si no hubiera una clara y pertinaz tendencia a disfrazar y tergiversar lo que hubo y a interpretar los hechos en propia conveniencia

Tanto Pío Baroja como sus familiares y allegados han contado repetidas veces el episodio de su detención en los primeros días de la gue-

²⁷ Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino III. Reportajes. Bagatelas de otoño. La guerra civil en la frontera. Rojos y blancos*, posfacio de Fernando Pérez Olló, Tusquets/Caro Raggio, Barcelona, 2006, pp. 529-538.

²⁸ Pío Baroja, *Ayer y hoy. Memorias*, Caro Raggio, Madrid, 1997; *Desde el exilio (los artículos publicados en «La Nación» de Buenos Aires, 1936-1943)*, edición, prólogo y notas de Miguel Ángel García de Juan, Caro Raggio, Madrid, 1999; *Libertad frente a sumisión (las colaboraciones periodísticas publicadas en España durante 1938)*, edición, prólogo y notas de Miguel Ángel García de Juan, Caro Raggio, Madrid, 2001, y el último aparecido: *Misericordias de la guerra: las Saturnales*, edición de Miguel Sánchez Ortiz, Caro Raggio, Madrid, 2006.

²⁹ Pío Baroja, «Una explicación», *Diario de Navarra*, 1 de septiembre de 1936, citado por Eduardo Gil Bera, *Baroja o el miedo. Biografía no autorizada*, Península, Barcelona, 2003, p. 375. El autor tritura a Baroja y su familia con modos más propios de un encendido inquisidor que de un templado biógrafo.

rra y de su huida a Francia, pero sin dar detalles que permitan fijar con exactitud lo sucedido. Y no es fácil fijarlo por las muchas informaciones contradictorias de los protagonistas de aquellos hechos y de sus distintos cronistas³⁰.

Para escribir sus memorias de guerra recabó información de unos y de otros y cuando las tuvo concluidas su editor, Miguel Ruiz Castillo, le dijo: «Don Pío esto es impublicable, nos van a meter en la cárcel»³¹. No es, pues, de extrañar que dicho tomo permaneciera «guardado» tantos años antes de ver la luz, aunque no fuera completamente desconocido para los especialistas en la obra barojiana. Por otra parte, es un texto que está escrito con descuido, cuenta muchas cosas que no ha visto directamente, resulta arbitrario en sus juicios, si bien, por referirse éstos a un hecho tan sensible como la Guerra Civil, muchas de sus opiniones resultan en exceso simplistas, tópicas y despreciativas. Por otra parte, tampoco es de extrañar puesto que siempre escribió así, sin mucho orden y con muy poca autoexigencia.

En definitiva, dichas memorias tienen el importante valor de poder apreciar las opiniones espontáneas y sinceras de Baroja, que nos permiten calibrar el horror de la guerra como principal hilo conductor de su narración. Baroja no deja títere con cabeza y nos presenta descarnadamente la barbarie humana en su pura esencia, tanto cuando se refiere a carlistas y falangistas como cuando lo hace con los republicanos e izquierdistas de diversa adscripción. Igual hace con los políticos, con los oligarcas o con las clases subalternas. Baroja no se para en barras y los tilda a todos sucesivamente de egoístas, necios, cerriles, groseros, estúpidos, cínicos, pedantes o mentirosos. Denuncia cuanto sabe de los dos bandos, pero quizás destaca más su firme descripción del comportamiento de determinados clérigos. Así, se refiere a un escolapio de Vera que se hizo cura castrense con los requetés...

ha dicho misa en la muga fronteriza, y después ha pronunciado un sermón diciendo que hay que derramar hasta la última gota de sangre por la causa, y acabar con todos los enemigos. Por lo que se ve, la plática del escolapio ha sido una plática muy cristiana³².

Baroja, al poco de llegar a Vera, se encontró en una situación peligrosa e imprevista. Se hallaba en la casa de un médico con otras personas y, se-

³⁰ Miguel Sánchez-Ostiz, *Tiempos de tormenta (Pío Baroja, 1936-1940)*, Pamplona, 2007, pp. 36-37.

³¹ Citado por Pío Caro Baroja, «La Guerra Civil en la frontera», *Babelia (El País)*, 3 de septiembre de 2005, n.º 719, p. 11.

³² Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino III*, op. cit., p. 553.

gún cuenta Baroja, perdiendo el tiempo: «Yo le dije varias veces al médico: —Vámonos, que van a venir los carlistas»³³. Para Baroja los carlistas estaban «dirigidos por curas trabucaires, chulos de sacristía, que marchaban satisfechos con su pistola al cinto»³⁴. No les tenía en la menor consideración: «Estos carlistas navarros son lo más cursi de España. Unen la cursilería con el asesinato»³⁵.

Según ha relatado su sobrino Julio Caro en *Los Baroja*, fue reconocido en aquella tan comentada ocasión por un grupo que se dirigía a entrar en combate. Un capitán le hizo descender del coche a él y sus acompañantes diciendo: «Ahí tenéis, a este viejo miserable, que ha hablado mal del rey y de la religión, muerto de miedo». Según Sánchez-Ostiz, citando la prensa de la época, las palabras del capitán habrían sido: «Éste es el viejo miserable que ha insultado en sus libros a la religión y al tradicionalismo». Comentario de Baroja: «Nos van a matar aquí —pensé yo con cierta indiferencia—. Yo gritaré «¡Viva la República!»³⁶. Sin embargo, Baroja estaría al parecer muy sereno y cuando los requetés les pusieron en fila pensó que si les fusilaban gritaría al morir «¡Viva la Libertad!». Es decir, libertad o República, miedo o entereza, según versiones. Julio Caro no fue testigo directo y en sus memorias el mismo Baroja no dice nada de esto, salvo que pensó en la posibilidad de haber acabado «de una manera romántica» y de que dentro de cincuenta años le recordaran «como a un héroe»³⁷. Y muy poco más. Por consiguiente, es éste un episodio confuso y aparentemente maquillado, del que no puede decirse nada verdaderamente terminante que permita fijarlo historiográficamente.

Lo que sí está claro es el profundo desprecio que Baroja sentía por los matarifes de una u otra condición:

Después de la estupidez roja venía la estupidez blanca. ¡Qué país desdichado, que no puede vivir más que como una bestia loca, matando, fusilando y hundiéndose en la sangre!³⁸

De tan oscuro o ambiguo suceso parece poderse deducir que se toparon con unos militares camino de Pamplona y les dijeron que el prisionero quedaba bajo jurisdicción militar. Les siguieron y encerraron en la cárcel municipal de Santesteban. Apareció por allí el comandante de Estado Ma-

³³ *Ibidem*, p. 530.

³⁴ *Ibidem*, p. 537.

³⁵ *Ibidem*, p. 573.

³⁶ *Frente Popular*, 28-VIII-1936, en Miguel Sánchez-Ostiz, *Tiempos de tormenta...*, *op. cit.*, p. 49.

³⁷ Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino III*, *op. cit.*, p. 531.

³⁸ *Ibidem*, pp. 613-614.

yor, Carlos Martínez de Campos, y bajo su responsabilidad ordenó liberarlo, aunque le recomendó que regresara a Vera por la mañana cuando todo estuviera más tranquilo y que mejor se fuera a Francia cuanto antes tal y como estaban los ánimos.

Fernando Pérez Ollo escribe en el posfacio: «Baroja contó los hechos de forma crecientemente podada. Su primera narración aporta nombres que desaparecen después, cuando la crónica periodística pasa a libro»³⁹.

No obstante este susto, Baroja no pasó mayores dificultades durante la guerra. El 4 de noviembre de 1937 escribió al delegado del Estado para Prensa y Propaganda desde Vera de Bidasoa manifestándole la posibilidad de colaborar con dicha Delegación. El mismo 9 de noviembre se le contestaba farragosamente diciéndole que podía prestar sus servicios a España, ya que en tales circunstancias se «requiere el esfuerzo de todos los españoles de buena voluntad para ser lo que todos soñamos» y se le proponía...

para la sección de Colaboraciones de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, se le contratarían seis artículos mensuales sobre diversos temas de la España Nacional y de su prestigio creciente en el extranjero. Por ellos se le asignaría el tanto alzado mensual de mil pesetas. Por otra parte, pondría a su disposición un automóvil, para cuando Ud. quisiese desintoxicarse un poco del ambiente enrarecido de Vera para que realizare Ud. alguna excursión cómoda a las inmediaciones de los frentes y territorio recién liberado, al objeto de que pudiera Ud. transmitir sus impresiones a los públicos de España y del extranjero. Para ayuda de gastos de estos viajes se le asignaría, en concepto de dietas, la cantidad de 25 pesetas⁴⁰.

Habida cuenta del renombre de Baroja en el extranjero, su primer artículo fue remitido para su publicación a París, Londres, Nueva York y Buenos Aires antes incluso de que se publicara en los periódicos de la España «liberada». Ante la extrañeza del retraso el mismo Baroja se interesó por el asunto y de paso expuso las dificultades que le supondría enviar seis artículos mensuales. Le dejaron el número de colaboraciones a su decisión y cobraría por cada una de ellas la cantidad de 175 pesetas. Al poco solicitó un pasaporte por dos o tres meses para viajar a París y Basilea en febrero o marzo de 1938, donde cobraría cerca de 10.000 francos, cantidad que le permitiría afrontar ciertas dificultades y la escasez por la que estaba pasando y que su sobrino Julio Caro menciona en sus memorias familiares.

³⁹ *Ibidem*, p. 788.

⁴⁰ Documento citado por Francisco Sevillano Calero, «Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del *Nuevo Estado*», *Pasado y Memoria*, 2002, n.º 1, p. 93.

En esa misma carta, fechada el 2 de enero de 1938, ante la proximidad de la sesión constitutiva del Instituto de España en Salamanca el día 6, manifestaba sus dudas de poder asistir como académico al no haber recibido salvoconducto alguno. La fórmula de juramento elegida es de las que no tienen desperdicio: «Señor Académico: ¿Juráis en Dios y en vuestro Ángel custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de Tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?». Al ser interpelado Baroja: «Usted jura o promete», respondió con una muy celebrada y citada frase. Según la versión aparentemente edulcorada de su sobrino Julio Caro, que es la dominante, respondió «lo que sea costumbre», pero según la referencia de Serrano Súñer habría dicho: «Yo lo que me manden»⁴¹. Las dos son dignas de él.

Baroja, como hemos dicho, era un liberal muy conservador que arremetía contra los extremismos revolucionarios que le producían similar desconfianza, por más que él mismo a su vez dejara traslucir ciertos prejuicios racistas:

Todos esos revolucionarios son doctrinarios, pedantes, y tienen una intransigencia parecida a la de los antiguos cristianos, intransigencia de origen semítico, expresada mejor que en ninguna otra parte en la frase del Evangelio: «El que no está conmigo está contra mí»⁴².

La independencia de hombres como Baroja resultaba más que problemática en un contexto excepcional como la Guerra Civil. Él mismo decía:

En el momento actual no se quiere aceptar gente independiente. Hay que ser fascista o comunista. Esta intransigencia, unida al fondo plebeyo y rencoroso de los políticos españoles, engendra el odio⁴³.

No eran, pues, tiempos para escepticismos ni relativismos. «La Verdad» absoluta del fanático se imponía a punta de pistola. Es la ferocidad de la guerra la que retrotrae al ser humano al tiempo de las cavernas:

La guerra civil no muestra solo la crueldad y ferocidad naturales del hombre, sino una crueldad alimentada por principios, defendida por un sistema. En toda guerra civil hay un fondo religioso.

En la guerra civil alienta el odio más puro, porque no sólo se quiere vencer, sino castigar al enemigo; hay la pedantería unida a la tendencia al sadismo, la defensa de la doctrina aliada al placer de matar y de hacer sufrir. En la guerra civil todas las maldades están reunidas.

⁴¹ Ramón Serrano Súñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 421.

⁴² Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino III*, *op. cit.*, p. 540.

⁴³ Pío Baroja, *Ayer y hoy*, *op. cit.*, p. 144.

Los hombres contemplan a sus enemigos como podrían hacerlo hace miles de años los habitantes rivales de las cavernas, cuando todavía les quedaba el ímpetu del gorila⁴⁴.

«Pesimista siempre —ha señalado entre otros Antonio Morales—, la República, la guerra civil y la postguerra fueron vividas por don Pío como un naufragio»⁴⁵. Conocemos relativamente bien la trayectoria de ese naufragio de Pío Baroja durante la Guerra Civil gracias a diversos estudios, entre los que cabe resaltar los citados de Miguel Ángel García de Juan y Miguel Sánchez-Ostiz en las obras de Pío Baroja citadas (*Libertad frente a sumisión* y *Miserias de la guerra*). No obstante, como todo gran escritor y al igual que sucede con Unamuno, su propia figura y sobre todo su actuación en aquella compleja y explosiva coyuntura histórica no deja de ser motivo de controversia, como el mismo Sánchez Ostiz se ha encargado de resaltar en el epílogo de la que hasta el momento es la más exhaustiva monografía dedicada a diseccionar semejante «naufragio»⁴⁶.

3. Conclusiones

Tanto Unamuno como Baroja resultan paradigmáticos de lo que pudiéramos llamar «intelectuales inorgánicos» (tradicionales, clásicos), en contraposición a los llamados «intelectuales orgánicos» (modernos), pero no en el sentido que Antonio Gramsci confirió a la expresión refiriéndose a aquellos que se vinculan ideológicamente a una clase o fracción de clase en ascenso (el partido por antonomasia) o a un grupo social al que tratarían de dar coherencia ideológica⁴⁷, sino a quienes se mantienen firmes en su independencia, al margen de episódicas o circunstanciales adscripciones políticas. Unamuno fue militante del PSOE y Baroja, a su vez, lo fue del Partido Radical de Alejandro Lerroux. En ambos casos el fervor militante les duró poco pues su individualismo e independencia de criterio no podía ajustarse a disciplina de partido alguna.

Ambos pertenecían a un mundo que estaba desapareciendo ante sus ojos, impulsado por esa partera incontenente que es la Historia, sin conceder las más de las veces el tiempo mínimo que todo proceso de reacom-

⁴⁴ *Ibidem*, p. 151.

⁴⁵ Antonio Morales Moya, «Pío Baroja: una visión de la República y de la Guerra Civil», *Cuadernos de Alzate*, 2006, n.º 35, p. 18.

⁴⁶ Miguel Sánchez-Ostiz, *Tiempos de tormenta...*, *op. cit.*, «Epílogo necesario», pp. 351-356.

⁴⁷ Véase Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, México, 1967.

dación necesariamente implica. En tales tesituras no es fácil conservar la perspectiva.

No resulta fácil escribir críticamente sobre estos dos vascos y españoles al mismo tiempo, pues en ellos en modo alguno son identidades excluyentes, sin que se lancen al ataque los partidarios fervientes de uno y otro, los eternos defensores de ortodoxias más o menos establecidas sobre sus respectivas figuras, que consideran poco menos que intocables, o, por el contrario, que lo hagan con no menor vehemencia aquellos depredadores de vocación y oficio siempre dispuestos a derribar del pedestal a cualquier personaje que haya alcanzado justa notoriedad.

Ambos escritores pertenecían a una sociedad muy antigua y de muy ricas tradiciones, que al mismo tiempo se estaba transformando más rápidamente que en otros lugares de España. Ambos chocarán con esa nueva realidad social y política que les tocaba vivir. Los dos se mantendrán fieles a los principios liberales que siempre fueron suyos, pero eran ya demasiado mayores para adaptarse a los nuevos tiempos que un acelerado siglo XX, que empezó tarde, parecía querer absorber por la vía rápida.

Miguel de Unamuno y Pío Baroja quizás no supieron entender en su justa dimensión muchos de los acontecimientos políticos que explotaron ante su siempre inquisitiva mirada, pero desde luego no nos decepcionaron pues supieron mantenerse firmes, aun en sus errores, contradicciones y paradojas, en los principios y valores propios de la civilización a la que pertenecían y con cuya obra tanto contribuyeron a engrandecer.